

16-10-81

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC es independiente en su línea de pensamiento y no acepta necesariamente como suyas las ideas vertidas en los artículos firmados

Arcata llega el dominical de San Francisco de California todas las semanas. El pueblecito cercano, casi a orillas del océano Pacífico, no carece de nada. Allí viví dos años. Cerca de los sequoias y del mar. Por el dominical me enterraba de los éxitos teatrales del año. Generalmente los teatros más importantes de San Francisco están en la calle Gaery e incluso en el Broadway, muy cerca de barrios sorprendentes, donde confluyen Oriente con Occidente. Así es que lo mismo puede el viajero encontrarse con China que con Nápoles o con barrios de casas andaluzas, blanquísimas, a orillas de la bahía de Sausalito. San Francisco es una ciudad de las más bellas del mundo.

Fui a ver uno de los grandes éxitos teatrales de los años setenta. Se trataba de un montaje de Sal Mineo, sobre la obra de un autor canadiense, si no me engaño, cuyo título en español sería: «Fortuna y los ojos de los hombres». Al entrar a San Francisco por el Golden Gate había una manifestación de, al parecer, hombres vestidos con bellísimos trajes celestes de presidiarios. La circulación estuvo parada un buen rato, mientras los miles de presidiarios deambulaban por el gigantesco puente, pidiendo sus derechos a la libertad y la vida, en enarboladas pancartas. La obra del autor canadiense sólo se había podido representar —porque los distritos judiciales así lo exigían— en el Bronx de Nueva York —ni siquiera en Manhattan— y ahora en San Francisco en un teatro «off». Mi interés era grande por conocer la obra. Llegué al teatro y era imposible obtener localidades. Los presidiarios en la calle, puertas y vestíbulos habían comprado todas las entradas. ¿Qué ocurría? ¿Cuál sería el contenido de esta obra? ¿Por qué sus prohibiciones en el país, al parecer, más democrata de la tierra? Luego, conforme se va viviendo en este país, llega uno a comprender que la tal democracia sirve de gancho para expiar una posible condena, engarzando al hombre en el engranaje de un cruel capitalismo que lo va devorando poco a poco. Recuerdo que al llegar a California me dijeron: «Cuanto más deudas tengas, más te fiarán.» Claro. Era una manera de, al querer disfrutar de tantas cosas hermosas como el país tiene, quedarse para siempre inmerso en él, debiendo hasta la hora de la muerte, e incluso más: hasta el pedazo de tierra donde te enterrarán. Como sabemos, la Garland y otros tantos murieron por esta causa. Acercarse a Santa Mónica y a Beverly Hills ya era un terror. Se veían los tipos más estrafalarios del mundo, esperando, soñando en una nueva oportunidad para intervenir en un «roll» de cualquier película de Hollywood. El café Gijón, de Madrid, el Dorin o el Boccaccio, son caricaturas al lado de este espanto de mundo de artistas soñadores, ambicionadores, estrafalarios y trágicos que, a veces, han llegado a dormir en el césped o en las escaleras de mármol de Ferrara de los palacios de las grandes estrellas norteamericanas.

TEATRO EN LA CALLE

DE SAL MINEO A ROBERT ALLAN

A lo que iba: contra todo este mundo se rebelaban aquellos presidiarios y la obra del canadiense. ¿Por qué? Es verdad que eran los años en que había un intento de liberación contra el puritanismo tradicional. Lucha eterna en Estados Unidos. Aquella manifestación de presidiarios era una rebelión contra el poder existente; poder que siempre ha sido el mismo, aunque se vista de «halcón» o de «paloma». Rebeldes que van venciendo hoy en el país más rico de ideales tan inocentes como violentos, tan emprendedores como frustrados, tan geniales como niños, capaces de construir mundos nuevos a cada paso. De aquí mi admiración por la mayor parte de la gente de Estados Unidos; esa gente que tan profundamente lleva enraizado en el alma al conquistador y al niño, a la raza vieja y a la raza nueva. País de impulsos admirables en sus derrotas o en sus fracasos y, sobre todo, en su concepto insobornable de hacerse a la soledad humana. Saben que han nacido para vivir y morir en soledad. Qué honda poesía y sabiduría encierra el concepto de este saber vivir y morir en soledad.

Entre los presidiarios llegué a ver, por fin, «Fortuna y los ojos de los hombres». Antes, un presidiario quiso regalarme su bonete y chaqueta de raso celeste para que pudiese entrar al teatro. «Fortuna y los ojos de los hombres» —que hace poco representó un grupo en Madrid, si mal no recuerdo con poco éxito— trataba de la mafia homosexual en las cárceles norteamericanas. Mafia entre presidiarios homosexuales y carceleros o policías vigilantes. Todos pactaban y se unían ante el amor, tanto delincuentes como policías. La destrucción o burla de las leyes tradicionales era total. La destrucción era la creación o la andadura hacia nuevos mundos, hacia nuevas leyes, hacia conceptos de la vida o de la muerte nuevos, con un grandísimo deseo de unión y de paz y de llegar al término de costumbres creadas por el engranaje capitalista. ¿Hasta dónde llegar por estos caminos?

Nunca supe si ellos o nosotros teníamos razón. Las propuestas que me hacían mis alumnos californianos acerca de la libertad, de la justicia, del amor o de la Ley nunca sabía cómo resolverlas. Me llevaban a mundos abismales del alma humana y, sobre todo, a desear y justificar la postura vital del por qué viven así o desean vivir así.

El montaje de Sal Mineo nos presentaba una celda de cárcel de un realismo nuevo como jamás vi. Un realismo profundo. Una celda de jóvenes que pedían su libertad, arrastrando una condena tal vez injusta. Los presidiarios de la manifestación eran cientos y cientos de homosexuales, como se habrá comprendido. Recuerdo que por aquel tiempo también se encerraban los indios en la prisión de Alcatraz pidiendo asimismo la libertad.

La puesta en escena de Sal Mineo tenía todos los ingredientes no sólo del realismo más profundo, sino también más poético. Al fin y al cabo el realismo auténtico es poesía. Tanto la escenografía como la dirección de actores eran espléndidas. Las violaciones en la celda, aprovechando el ruido del agua de las duchas; las peleas y golpes de muchachos desnudos, ensangrentando cuerpos y caras para llegar vencidos a las violaciones; los pactos con los guardianes; la unión final de unos seres desconcertados, tal vez, que entre temblores y desconfianza, llegaban a pedirse un beso de caridad, piedad o amor. Era todo ello un reclamo para una sociedad que debe estar alerta a la transformación de un mundo que, día a día, se hace nuevo y nos sorprende. La solución final llevaba a la reflexión de una catarsis que decía «no» a los que sueñan esperando el «roll» en Hollywood o durmiendo en las escaleras de mármol de Ferrara de los palacios de las estrellas cinematográficas norteamericanas. Era un alerta para comunicar que existe una sociedad que se transforma y que hay que aceptar, evangélicamente, si es que existe piedad y caridad en el mundo.

En el año 81 de los grandes éxitos del Broadway neoyorquino es el drama titulado «Bent». Se está dando en el New Apollo Theatre. Su autor es Martin Sherman. Su director, Robert Allan. Otra vez llegamos a las mismas peticiones anteriores del montaje de Sal Mineo. La petición de piedad del problema homosexual es ahora en un campo de concentración nazi, donde, al final, el protagonista queda electrocutado en unas alambradas del campo. El realismo —único camino viable y auténtico del teatro, además, como tantas veces se ha dicho, génesis de todos los «ismos»— es tal, que ahora acepta a «Bent» toda la mejor sociedad norteamericana, llenando el teatro todos los días. ¿Por dónde caminará el mundo ahora? ¿Habrá alguien que lo sepa?

José MARTIN RECUERDA

**Durán Subastas de Arte**

SUBASTA ESPECIAL DE JOYAS

JUEVES, 23 DE OCTUBRE, A LAS 8 DE LA TARDE

260 joyas de todos los precios: collares, pulseras, broches, sortijas, brillantes importantes propios para inversión, solitarios, pendientes, gemelos, relojes, esmeraldas, etcétera

VISITE LA EXPOSICION • SOLICITE EL CATALOGO

Serrano, 12. Tel. 401 34 00. Telex: 44427 SUAR-E Madrid 1.